

# El Utilitarismo de Juan Stuart Mill

Pero no se debe creer, dice Stuart Mill, que el utilitarismo sea una moral puramente egoísta. Al hablar de felicidad, no hay que entender la felicidad del agente, sino *la mayor suma de felicidad en general*, ya sea con relación a la cantidad o a la calidad. Y como la utilidad es el fin de las acciones humanas, ella contiene necesariamente el principio de la moral. Esta puede definirse como "el conjunto de reglas de conducta y de preceptos, cuya observancia asegurará a toda la humanidad una existencia lo más posible falta de sufrimientos y provista de goces; y no solamente a la humanidad, sino a todo el mundo sensible, en cuanto lo permita la naturaleza de las cosas". (1)

La doctrina del utilitarismo social fué sostenida, antes de Stuart Mill, por Cumberland, Pufendorf y Shaftesbury. También Comte había afirmado que la moral exige el sacrificio de los individuos en beneficio de la humanidad.

Su máxima es: *Vidre pour autrui*.

Contra el principio del utilitarismo o endemonismo social podemos hacer las siguientes objeciones (2).

1) Si el bienestar de cada individuo no es, para el utilitarismo social, moralmente bueno, ¿cómo podrá serlo el bienestar de muchos o de todos? Así se podría hablar si se concibiera, como es menester, a la sociedad como un todo orgánico superior a los individuos que la componen y con un fin común al cual todos deberían tender. Pero en este caso habría que reconocer la existencia de un ser superior el cual ordena todas las cosas hacia un fin último; mientras que el endemonismo social es agnóstico y naturalista.

2) Al considerar el interés social cual única regla de la moral, se rebaja el orden ético, puesto que se admite que la humanidad es fin en sí misma. Objeta Stuart Mill que quien cree en la bondad y sabiduría de Dios, tiene que reconocer que todos los preceptos morales divinos responden a las exigencias del bien común. Y tiene razón. Pero si se interpretan los preceptos morales como algo que Dios exige a los hombres; debemos admitir que Dios, supremo ordenador del universo, es también su último fin.

3) Según el principio del bienestar general, el hombre es un simple medio para la colectividad y su valor moral se mide en proporción a su

(1) *Utilitarisme*, pág. 28.

(2) *Cir. V. Cathrein, "Filosofía morale"*, trad. ital. (Florencia, 1913), t. I, págs. 306 y sigts.

utilidad para el interés común. Por lo tanto, el que no contribuye al bien común es inútil para la sociedad. Desde este punto de vista Platón exigía la muerte de los niños nacidos con taras, y recomendaba a los médicos acortar la vida a los enfermos incurables, que representaban un estorbo para la colectividad. Sin embargo el hombre, en su carácter de persona, no debe subordinar todos sus intereses morales al bien de los demás, pues su último fin está por encima de la sociedad misma: "El hombre no se ordena a la comunidad civil en todo su ser ni en todas sus cosas" (1).

4) El valor moral de las acciones depende, para los utilitaristas sociales, de sus efectos útiles. Los sentimientos internos, los motivos de las acciones, no influyen sobre su moralidad. Así se expresa Stuart Mill: "El motivo no tiene nada que ver con la moralidad del acto, pero sí mucho con el mérito del agente. El hombre que salva a una persona que está por ahogarse, hace una cosa moralmente buena, ya sea que el motivo de su acción sea el deber o la esperanza de recibir una recompensa (2). Sin embargo una acción posee mérito moral en cuanto es moralmente buena, es decir con relación a su bondad moral; luego el motivo tiene que ser también con la moralidad del acto. En efecto, una acción es buena o mala según sea buena o mala la voluntad de la cual procede. El motivo es pues decisivo para la calificación moral del acto. De lo contrario, de acuerdo con la teoría utilitaria, cualquier acción humana, por inmoral, honesta y sea por su naturaleza, dejaría de serlo y pasaría a ser moral, honesta y lícita por el solo hecho de resultar beneficiosa para la sociedad; lo cual, además de repugnar a la razón y al sentido común, echa por tierra la distinción esencial entre el bien y el mal moral.

5) El utilitarismo no reconoce al hombre más deberes que los que tiene hacia la sociedad. Admite Stuart Mill que los hombres pueden y deben sacrificar su propia dicha a la felicidad ajena. Pero, agrega, "la moral utilitaria no admite que el sacrificio tenga un valor intrínseco. Un sacrificio que no aumente o tienda a aumentar la suma total de felicidad, se considera como inútil" "¡Gloria, exclama, a los que son capaces de renunciar a los goces de la vida a fin de aumentar la suma de felicidad de la humanidad! Pero el que lo hace con otro fin, no merece mayor admiración que el asceta de pie sobre su columna. Demuestra lo que el hombre puede hacer, no lo que debe hacer" (3). Para el utilitarista no existen los deberes del hombre hacia sí mismo y con respecto a Dios. Así un hombre que, como Robinsón Crusoe, se hallara en una isla desierta sin esperanza de volver a vivir en la sociedad, estaría desligado de todo precepto moral (4)

Stuart Mill confía en una reforma social que hará poner en armonía el interés de cada uno con el interés general. El progreso económico, que para Mill no es indefinido, sino que terminará en el "estado estacionario", traerá aparejado el progreso moral. Pero no basta la organización social; hace falta la educación que tienda a formar en el individuo una asociación

(1) Santo Tomás, "Summa Theologica", I<sup>a</sup>, II<sup>ae</sup>, quae. XXI, art. 4, ad tertium.

(2) "Utilitarisme", pág. 33.

(3) "Utilitarisme", pág. 32.

(4) En este sentido se expresa Cathrein, "Filosofía morale" cit., t. I, pág. 314.

indisoluble entre su propio interés y el de sus semejantes. De tal manera, el hombre ni siquiera concebiría la idea de un bienestar personal que se hallara unido a una conducta práctica opuesta al bienestar general.

El filósofo inglés pone como fundamento de su sistema moral la asociación de ideas, la cual tendría el efecto infalible de transformar al hombre, egoísta por naturaleza, en altruísta. Pero es fácil observar que una asociación artificial de ideas puede ser destruída en todo momento por la razón. Además la educación no puede crear en el hombre la conciencia moral; sólo puede desarrollarla y mejorarla. El mecanismo de la asociación de ideas supone que el hombre sea algo pasivo, un simple conjunto de repugnancias, de placeres y dolores, de sensaciones y de ideas, cuyos elementos pueden ser separados, reunidos y hasta substituídos, negando de este modo la libertad y la voluntad humanas.

En cuanto a la creencia de que el progreso moral dependa de una mejor organización social, la realidad nos muestra que muchas veces, moralidad y civilización están en relación inversa. Aquí también necesita una norma superior para valorar con exactitud la civilización.

La confianza optimista de Stuart Mill de que se pueda llegar al altruísmo a través del egoísmo, es equivocada. ¿Cómo puede resultar el altruísmo si cada uno sigue buscando su propio interés? Hay que asentar, al contrario, la necesidad de subordinar, expresamente el interés individual al interés general, necesidad que surge de la concepción de la sociedad como un todo orgánico, cuyas partes son los individuos, y cuyo fin es superior al de las partes.

Aún considerando digno de elogio el esfuerzo realizado por Mill, debemos reconocer que el principio utilitario no es capaz de ofrecernos la verdadera norma de la moral, y que es imposible establecer una ética que no se halle en íntima unión con la metafísica.

*Irenè Arias.*

---

Demuestra, Señor, tu poder y ven... Oración del Ier. Domingo de Adviento en preparación para Navidad.